

único medio de poner un freno á las nuevas calamidades que amenazaban á la Europa.

La Inglaterra no accedió á esta nueva doctrina que se hallaba además en contradicción con su propia constitución. La Francia titubeaba en adoptar semejante línea de política. El emperador Alejandro creyó que el mejor medio de obtener una resolución más firme y decisiva, era invitar al rey de las Dos Sicilias para que se presentase personalmente en el seno de las conferencias como conciliador entre su mal aconsejado pueblo y los Estados de Europa alarmados por aquel estado de cosas. El mismo le escribió para empeñarle á que se trasladase á Laybach adonde se transfirió el congreso.

*Congreso de Laybach. Nápoles y el Piamonte.* Fernando IV al llegar á Laybach se puso á la disposición de M. de Metternich y le dijo que sancionaría de antemano todas las medidas que juzgase convenientes. Se decidió que se pediría á Nápoles un desistimiento completo de todo lo que había sucedido, y que el rey fuese restablecido en todos sus derechos. Habiéndose negado á ello el parlamento napolitano, un ejército austriaco recibió la orden de atravesar el Pó. Aquello fué más bien un paseo militar, que una verdadera campaña. Los napolitanos no trataron siquiera de resistir seriamente, y la antigua monarquía quedó restablecida sin disparar un tiro.

Pero apenas la política austriaca acababa de conseguir este triunfo cuando estalló otra revolución en Turin. La noticia se recibió en Laybach cuando los príncipes se hallaban todavía reunidos. Las tropas austriacas invadieron al momento el Piamonte. Allí, como en Nápoles, no encontraron resistencia alguna, y la contra-revolución se ejecutó con más facilidad que en el reino de las Dos Sicilias. El señor de Metternich se felicitaba de todos estos resultados y se aprovechó de ellos para propagar sus ideas de absolutismo y de compresión enérgica. «Aquí se ve, decía al emperador de Rusia, lo que es una revolución combatida oportunamente.»

*Insurrección en Grecia. Sublevación de Ipsilanti.* Una insurrección que debía durar más tiempo y concluir mejor, estalló en Grecia. Al grito de independencia todos los valientes helenos corrieron á las armas. Muy luego todos los desfiladeros de sus montañas se cubrieron de combatientes sin disciplina

ni recursos, pero sin temor. El Archipiélago se cubrió de marinos intrépidos que con la cruz en sus pabellones iban en pequeños buques á desafiar á las escuadras otomanas. La Europa se commovió toda al ver despertar á un país cristiano sepultado en un profundo olvido al cabo de cuatro siglos de esclavitud. La poesía se apoderó de este grande acontecimiento y lo encareció con los más vivos colores. El mismo emperador Alejandro se commovió al ver esta generosidad de un pueblo á quien se hallaba unido por una estrecha comunidad de ideas é intereses; pero en los momentos en que el principio de autoridad se hallaba minado por todas partes, sintió mucho este movimiento, y á la primera noticia de la insurrección de Ipsilanti exclamó: «¡Con que también los griegos tienden la mano á los revolucionarios de Europa! Yo deseaba su manumisión y la habría obtenido, y hé aquí que ellos prestan su insurrección á los napolitanos y á los piamonteses.»

*Muerte de Napoleon. Bautizo del duque de Burdeos.* (Mayo de 1821). En medio del tumulto revolucionario que agitaba á la Europa se supo que Napoleon había muerto en Santa Helena el día 3 de mayo de 1821. Sus últimos días se pasaron en una profunda tristeza que trataba en vano de disimular bajo una apariencia de alegría que no era natural. Su enfermedad duró poco, pues hasta el 1º de mayo no se conoció el peligro en que se hallaba. Sus últimas palabras fueron para su hijo y para la Francia; murió cristianamente.

El mismo día en que se supo que su enfermedad era mortal, volvian á empezar en Paris las mismas fiestas que diez años antes se celebraron por el rey de Roma, después príncipe austriaco y educado en la corte de su abuelo bajo el nombre de duque de Reischadt. El régio infante que entonces se bautizaba nació el 21 de setiembre de la duquesa de Berri. Se le puso por nombre Enrique Diosdado y recibió el título de Duque de Burdeos.

• *Estado general de Europa. Congreso de Verona.* (1822): La Francia principiaba á recoger el fruto de seis años de paz: el comercio, la industria, y las artes volvian á tomar vuelo; aumentábase el crédito público, y la parte inteligente de la nación encontraba en el nuevo orden de cosas un alimento para sus ideas y una carrera abierta á su ambición. Todas las teorías políticas y literarias se cuestionaban y debatían pública-

mente; todas las utopías tendían á hacerse calle, y de ello resultaba un movimiento de ideas que no asustaba á Luis XVIII porque era un rey filósofo, pero que algún día había de provocar grandes tempestades.

La Inglaterra no estaba tampoco muy tranquila. Las últimas guerras habían agotado el tesoro del Estado, el comercio padecía, el pueblo carecía de trabajo, y el gobierno se había hallado en manos de un rey imbécil, Jorge III, y de un regente despreciable. Todos estos males habían producido en el país un malestar general, el cual permitió á todas las pasiones bastardas que propagasen sus doctrinas anárquicas. Bajo los nombres de *filántropos* y *amigos de la reforma* los radicales se habían pronunciado contra todas las instituciones sociales, amenazando nivelarlo todo. Esta oposición había sido apenas comprimida por algunas leyes restrictivas de la libertad de imprenta y de la libertad de asociación, cuando Jorge III murió el 29 de enero de 1820. El príncipe de Gales que le sucedió bajo el nombre de Jorge IV, tuvo que reprimir sediciones y alborotos desde el momento de su advenimiento.

Tampoco el emperador de Rusia se hallaba muy tranquilo. La Polonia le suscitaba graves inquietudes, y á pesar de su simpatía por los griegos, había visto con sentimiento su insurrección; pero lo que le preocupaba mucho era la situación de la España, negocio capital también para el Austria y la Prusia. Un nuevo congreso se reunió en Verona en 1822 para escoger los medios de apagar en la península ibérica la hoguera de las insurrecciones liberales.

La España se encontraba entonces en una situación bien triste. La constitución de 1812, proclamada por las Cortes, tiranizaba al mismo tiempo á la nación y al rey. Algunas provincias la querían más liberal; otras en mayor número aclamaban al rey absoluto. El gobierno no inspiraba confianza, el tesoro se hallaba exhausto; las poblaciones se insurreccionaban por todas partes, las tropas se sublevaban, y las colonias se habían declarado independientes. También el Brasil había sacudido el yugo del Portugal, pues mientras Don Juan VI aceptaba en Lisboa la nueva constitución, su hijo Don Pedro se hacía proclamar Emperador en Rio Janeiro el 12 de octubre de 1822. Una epi-

demia que asoló á Barcelona aumentó todavía más los males de España.

En estas circunstancias fué cuando los emperadores de Rusia y de Austria, los reyes de Francia y de Prusia dirigieron de común acuerdo á sus embajadores cerca de Fernando VII una larga nota en la que apreciaban el estado de España, condenaban el origen y los principios de la revolución, y declaraban no podían tratar con un soberano cuya voluntad se hallaba encadenada y cuya persona apenas estaba libre.

El gobierno español respondió que la constitución de 1812 había sido reconocida por toda la Europa en la época de su promulgación; que Fernando VII, después de haberla roto arbitrariamente, la había aceptado libremente; que además ninguna potencia tenía derecho de mezclarse en los asuntos de España, y que el único servicio que la Francia podía prestar á este país era retirar el ejército de observación que había situado en la línea de los Pirineos bajo pretexto de establecer un cordón sanitario, pero que en realidad no servía sino para alimentar las esperanzas de los insurgentes de Aragón y Cataluña.

De resultas de esta respuesta los embajadores de Rusia, Austria y Prusia recibieron la orden de salir de Madrid el 11 de enero 1823. El señor de Villele que presidía entonces el gabinete francés habría querido evitar una intervención armada, pero se vió obligado á ceder á la voluntad de las Cámaras y á la fuerza de los acontecimientos. El embajador de Francia salió de Madrid el 30 de enero y la guerra fué decretada.

*Campaña de España.* (1823). — El duque de Angulema fué nombrado generalísimo del ejército francés, y pasó el Bidasoa el 7 de abril de 1823. Los partidarios del antiguo régimen que se habían reunido en las Provincias bajo el nombre de *Ejército de la fe* y á los que el general constitucional había hecho pasar los Pirineos, se reunieron á las tropas francesas. El orden más perfecto reinaba en el ejército de invasión que se presentaba en todas partes como amigo y hacia respetar las opiniones y las propiedades. Las plazas fuertes, en general, se resistían, pero se las bloqueaba y se continuaba la marcha hácia adelante porque se deseaba terminar pronto la guerra.

Atemorizadas las Cortes por la rapidez de esta marcha, de-

cidieron que el rey habia de salir de Madrid y trasladarse á las provincias del Mediodia. Fernando se quiso resistir, pero se vió obligado á ceder y el gobierno se transportó á Sevilla. Los franceses entraron en Madrid el dia 24 de mayo. El duque de Angulema se apresuró á nombrar una regencia provisional, é hizo continuar la marcha de las tropas hácia Sevilla. El rey no estaba ya allí: el 12 de junio le llevaron por fuerza en Cádiz.

Morillo en Galicia y Asturias, Mina en Cataluña, y Ballesteros en los reinos de Valencia y Murcia, defendian la causa constitucional. El primero no tardó en abandonarla y reconocer la regencia de Madrid. Quiroga que servia bajo sus órdenes, se mantuvo fiel á la bandera liberal y se encerró en la Coruña; pero muy luego se encontró bloqueado y huyó á Inglaterra. Mina resistió con maravilloso valor é hizo una guerra muy hábil de partidarios en las montañas adonde su conocimiento del pais le daba grandes ventajas. Pero la division mandada por el mariscal Moncey le rechazó poco á poco hácia Barcelona y consiguió ocupar todas las salidas de esta importante plaza. El general Molitor por su parte tomó á Valencia el 13 de junio, Murcia el 7 de julio, é hizo retirar á Ballesteros hácia Granada. Este jefe reducido por numerosas defecciones al último extremo, concluyó por someterse tambien, despues de haber sido derrotado en el combate de Campillo de Arenas.

El príncipe de Angulema que salió de Madrid el dia 18 de julio, llegó cerca de Cádiz el 16 de agosto. Los franceses se hallaban acampados á la vista de dicha plaza desde el 24 de junio bajo las órdenes del general Bordesoulle. La ciudad, situada á la extremidad de la isla de Leon, se hallaba defendida por fortificaciones imponentes. Las Córtes esperaban poder defenderse mucho tiempo, porque la Francia no habia enviado las fuerzas necesarias para bloquearla por mar. El príncipe estableció su cuartel general en el Puerto de Santa Maria, pequeña ciudad situada sobre la costa al norte y frente de Cádiz. Escribió al rey Fernando que se presentaba como amigo, que habria una amnistia para todos los delitos políticos si e rey venia libremente á reunirse á él, y que le invitaba á convocar las antiguas Córtes del reino y á dar á su pueblo una constitucion de acuerdo con las tradiciones antiguas y las necesidades presentes.

El infortunado rey tuvo que contestar que se hallaba libre, que la invasion francesa era injusta, y que la España, satisfecha con su constitucion no tenia que hacer modificacion alguna en ella. Despues de esta respuesta principiaron las hostilidades. El 31 de agosto el ejército francés atacó vigorosamente las fortificaciones de la isla de Leon. El castillo del Trocadero al que no se podia llegar sino arrojándose al agua y bajo el fuego de las baterias enemigas fué tomado bizarramente. El castillo de San Luis sucumbió tambien; la península entera cayó en poder de los franceses, y Cádiz se vió bloqueado mas de cerca.

Durante este tiempo las Córtes supieron el bloqueo de Barcelona, la capitulacion de Figueras, de Pamplona y de San Sebastian, la sumision de Ballesteros, las derrotas y la muerte de Riego, último caudillo del partido liberal. El vicealmirante Duperré llegó el 23 de setiembre á la vista de Cádiz, y habiendo lanzado algunas bombas contra la ciudad, el desaliento llegó á su colmo. Toda la poblacion se aterrorizó y las Córtes se vieron obligadas á ceder. El dia 28 la Asamblea envió una diputacion al rey para suplicarle se trasladase al cuartel general de los franceses y que estipulase una amnistia y seguridad para todos. Despues de esto la asamblea se declaró disuelta.

El ejército se insurreccionó, pero habiéndose negado el duque de Angulema á recibir los parlamentarios que le envió, y habiendo declarado que si el rey no se trasladaba inmediatamente á su cuartel general, iba á dar el asalto; esta amenaza apoyada con serios preparativos produjo el efecto que de ella se esperaba. Fernando fué puesto en libertad, y el dia 1º de octubre se trasladó con toda su familia al Puerto de Santa Maria donde desembarcó en medio de las aclamaciones de una entusiasta multitud.

● Su primer cuidado fué aprobar todo lo que habia hecho la regencia de Madrid y anular todos los actos de su gobierno desde el 7 de marzo de 1820. Los miembros de las Córtes se embarcaron en buques neutros para Inglaterra y América bajo la proteccion de los franceses. El duque de Angulema entró en Cádiz; Barcelona se rindió el dia 4 de noviembre al mariscal Moncey; Cartagena el dia 5 á Molitor; y el dia 12 este

general entró en Alicante que fué la última plaza que se rindió. La guerra estaba terminada, y segun la expresion del ministro inglés Canning, jamas hubo ejército alguno que hiciese menos males, ni que impidiera tantos.

Esta guerra habia costado cien millones de francos y la España se reconoció deudora de treinta y cuatro. Fernando entró triunfante en Madrid restableciendo el gobierno absoluto y obligando á todos los jefes de liberalismo á refugiarse en el extranjero. La Hacienda quedó en el mayor desorden, y la España destrozada por tantas guerras é insurrecciones, sin industria ni comercio, privada de sus colonias insurrectas, se vió reducida á recurrir á los empréstitos y á debilitar de este modo y cada dia mas su crédito. El duque de Angulema entró con gran solemnidad en Paris el dia 2 de diciembre. Los aduladores no dejaron de recordar que era el aniversario de la batalla de Austerlitz; pero él tuvo bastante buen juicio para no creerse un Napoleón, á pesar de que en honor suyo se terminó con andamos y pinturas el arco de triunfo destinado al emperador; y aun se le llamó el mayor capitán de su siglo.

§ III. Desde la campaña de España hasta la caída de la Restauracion. (1823-1830.)

*Muerte de Luis XVIII.* (1824). La guerra de España habia dado al gobierno de la restauracion cierta fuerza y cierto brillo. El señor de Villele se aprovechó de ello para tratar de consolidar la monarquía por medio de algunas grandes medidas; y como el rey lo habia dicho abiertamente, de curar las últimas llagas de la revolucion. Preparó simultáneamente algunas leyes religiosas, civiles, políticas y financieras; y como estaba seguro de las disposiciones de las Cámaras, hizo que se resolviese que en vez de renovarse anualmente por quintas partes, se renovase enteramente y que el mandato de los diputados durase siete años en vez de cinco. Ya se preparaba á hacer indemnizar á los emigrados de las pérdidas que la revolucion les habia hecho experimentar, cuando la muerte de Luis XVIII le hizo suspender momentáneamente sus proyectos. A pesar de sus padecimientos, este príncipe continuó trabajando hasta el 12 de setiembre. Pero entonces el peligro se hizo inminente; al dia siguiente recibió los sacramentos y dió su bendición á to-

da su familia. Cuando le presentaron el duque de Burdeos dijo, levantando las manos hácia su hermano: que Carlos X conserve la corona de este niño. «Espiró el 16 de setiembre á las cuatro de la mañana. Sus últimos pensamientos no se consagraron mas que á las cosas eternas.

*Advenimiento de Carlos X. Su consagracion.* El advenimiento de Carlos X fué tan celebrado como lo era el de los antiguos reyes. Sus sentimientos realistas eran conocidos, y al principio se temió que desaprobase las concesiones que Luis XVIII habia hecho al liberalismo; pero se aplaudió su generosidad cuando se vió que sus primeros actos tenian un carácter enteramente opuesto. Devolvió la libertad á la prensa por medio de la supresion de la censura, hizo abrir las cárceles y se paseó á caballo entre una multitud entusiasta que celebraba á porfia su franqueza y su bondad. El 22 de diciembre hizo con ostentacion la apertura de la sesion legislativa y anunció para el año siguiente la ceremonia de su consagracion.

Por desgracia no tardó en comprometer esta inmensa popularidad por medio de algunas leyes imprudentes. Primero se presentó á las Cámaras una ley que castigaba con la pena impuesta á los parricidas, es decir, la muerte despues de haberles cortado la mano, á todos los que hubiesen profanado las hostias consagradas. En seguida se trató de indemnizar á los emigrados de las pérdidas que habian sufrido, y las discusiones á que dió lugar esta ley hicieron mas daño á la causa de la restauracion que la memoria de las dos invasiones que habian proporcionado su triunfo. Esta ley adoptada el 11 de marzo por la Cámara de diputados y el 20 de abril por la de los pares concedió mil millones de francos á los emigrados, y para pagar esta deuda en cuatro años creó treinta millones de renta al 3 por 100.

Por real decreto de 17 de abril se reconoció la independencia de Santo Domingo bajo la condicion de que la nueva república, llamada república de Haiti, pagaria en el término de cinco años ciento cincuenta millones de francos como indemnizacion á los antiguos colonos franceses, que podria abrir libremente sus puertos á todas las naciones, pero que habia de rebajar en favor de la Francia la mitad de todos los derechos que hubiere de percibir sobre los buques y las mercancías.